

El profesor que también puede ser mi paciente

Valeria Arciniegas Mora

En el libro titulado “Una maestra llamada enfermedad”, el reconocido médico Santiago Rojas narra algunos episodios de su niñez, cuando apenas tenía tres años de edad y su madre lo llevaba a las citas médicas de su hermano. Cuenta que el médico era también un poeta que lo inspiró y le enseñó varias cosas sobre medicina.

Y es que suele ocurrir que una persona nos inspire o incida en nuestro proyecto de vida ya sea por sus grandes capacidades o por su forma de ser o actuar. Precisamente, hace poco, en una clase de emprendimiento entrevistaron a una señora que ha creado un colegio que hoy se postula como uno de los mejores de Cali. La señora tiene un porte elegante. Diría que inspira confianza, y que se nota la pasión que siente con su trabajo y lo feliz que se siente por haber alcanzado sus sueños. Verla y escucharla, me llenó de inspiración porque deseo hacer lo mismo: dedicarme mucho a mi familia y construir un hogar feliz.

Otra persona que me inspira a menudo es mi madre. Todo el tiempo siente ganas de aprender para enseñarle a los demás todo lo que sabe; me dediqué al área de la salud, como ella que es un referente para llenarme de ganas y querer aprender más y más, para ayudar. Y cómo no hablar de mi padre, un hombre fuerte, con carácter, que sabe lo que tiene que hacer.

Mi padre me ha enseñado la disciplina y el empeño para conseguir lo que anhelo.

“El primer médico es Dios, el segundo es el mismo paciente”, dice el doctor Rojas. “Y el tercero, aquel que viste de blanco para cubrir su desnudez intelectual”. Esta expresión alude al médico universitario que sabe menos de lo que necesita el paciente, mucho menos que Dios y el enfermo mismo, agrega el doctor Santiago en su texto.

Esta frase me colma de emoción pues el doctor tiene razón: hay algo sobrenatural que guía nuestro camino, una fuerza que nos llena. Yo le llamo Dios. Nada sería posible sin su ayuda, sin la disposición de un paciente, sin el consejo de un profesor o de un especialista que quizá en un futuro tengamos que atender para demostrarle que lo que nos enseñó, valió la pena.

La vida es un proceso, nosotros somos una ilusión, fetos, bebés, niños, adolescentes, adultos, ancianos, un recuerdo... Y así se nos pasan los años. Me parece interesante destacar el afán que el autor tiene por resaltar que la clave para hacer las cosas bien y estar felices es encontrar la motivación todos los días en cada cosa que tengamos que hacer o vivir.

Soy fiel creyente de que el destino no es suerte, ni está escrito. El destino somos nosotros mismos, nosotros lo hacemos con nuestras decisiones y actitudes. No vale la pena pelear o estar tristes por nuestros defectos; al contrario, nuestras virtudes logran vencerlos.

La invitación que el libro nos hace es dejar el miedo, luchar por los sueños y sobre todo, amar lo que hacemos. No podemos olvidar que nuestra meta no es ser médicos, abogados o ingenieros puesto que esos son escalones: nuestra meta es ser felices todos.

La muerte como una enseñanza de vida

Alexandra Valencia Pérez

Cuando se habla de la muerte, la mayoría de personas se torna triste y evita hablar del tema. Siempre me he preguntado por qué se evita hablar de muerte, cuando esta es parte fundamental de nuestro ciclo de vida. Los seres vivos, nacen, crecen, algunos se reproducen y todos mueren. “Él trabajaba y yo aprendía que ese desenlace era natural. Así comprendí que, a diferencia de mis fantasías, la vida no era infinita.” (Presman, C.2015.el arte de cuidar).

Aprender a aceptar la muerte es un proceso lento, difícil y progresivo, aunque algunos eligen ir por otro camino. A lo largo de la vida cada uno ha tenido alguna pérdida y se ha preguntado ¿Por qué? Como familiar, amigo, compañero y médico en formación, creo que se cumplen diversos roles en el proceso de pérdida de un ser querido.

Y que todos estos roles tienen en común el proceso de acompañamiento “la medicina es fundamentalmente